pura de una razón iluminada por la sabiduría divina que llenará el amor de Dios.

Conocemos la respuesta de santo Tomás de Aquino a su hermana, cuando le preguntaba, qué hacer para ser santo. «Hay que quererlo». Ante la insistencia de la hermana, el Santo repitió hasta tres veces: «Querer ser santo». Esa es la clave para llegar a la santidad.

Muchos van a la deriva, como restos de un naufragio, llevados por las olas, sin llegar nunca a puerto. Otros lo logran a base de una voluntad enérgica. Desgraciadamente su voluntad está ciega por una pasión ardiente, de amor al dinero, ambición, vanidad, etc. Para llegar a Dios, hay que tener voluntad, pero una voluntad desasida de todo y entregada totalmente a los ardores del amor divino. Esta voluntad se obtiene mediante la oración de fe, y si se persevera en el hábito de esta oración, poco a poco el alma avanza por el camino de la perfección.

San Juan de la Cruz, habiendo narrado, en el CÁNTICO ESPIRITUAL, los progresos del alma contemplativa, termina describiendo su estado, cuando está preparada para recibir la recompensa de sus méritos.

Así escribe en la «declaración y anotación» de la canción 40, redacción B, n. 1: «Conociendo, pues, aquí la esposa que ya el apetito de su voluntad está desasido de todas las cosas

y arrimado a su Dios con estrechísimo amor; y que la parte sensitiva del alma, con todas sus fuerzas, potencias y apetitos, está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías; y que el demonio, por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual está ya vencido y apartado muy lejos; y que su alma está unida y transformada con abundancia de riquezas y dones celestiales; y que, según esto, está ya bien dispuesta y aparejada y fuerte, *arrimada en su Esposo* (Cant. 8,5), para subir *por el desierto* de la muerte, *abundando en deleites,* a los asientos y sillas gloriosas de su Esposo».

Este amor de Dios no sería sincero si no se manifestara al exterior por un puro y perfecto amor al prójimo. Aquí, también, el obstáculo viene de nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Vivimos en medio de criaturas, cuyo contacto y cuya vista producen en nosotros las impresiones más vivas y opuestas. A veces, simpatías ardientes nos arrastran tras sí; otras veces, la antipatía, el odio, etc. nos alejan. ¿Cómo amar a unos y otros en amor de caridad?

¿Sabemos en qué consiste ese amor? Imposible el practicarlo, sin conocer su naturaleza. Ante todo, es preciso tener las ideas precisas. De otro modo, con la mejor fe del mundo, podríamos entregarnos a obras en las que la caridad no tuviera el mínimo sitio, aunque pareciera inspirarlas.

Nuestro Señor no ha querido dejarnos en la ignorancia sobre un tema tan importante. Antes de Él, se había escrito: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». ¡Pero los hombres se aman de tantas maneras!

Para zanjar el asunto, Jesucristo ha dicho a sus discípulos: «Os doy un mandamiento nuevo. Será el distintivo en el que os conocerán que sois mis discípulos: Amaos unos a otros, *como Yo os he amado*». (Jn. 8,34-35).

En adelante, la regla es única. Es clara. Jesucristo, obedeciendo a ese amor, se ha sacrificado totalmente. Nos ha dado su sangre y su vida, y continúa dándonoslas hasta el fin del mundo en su Iglesia y en los sacramentos.

¿Cómo obtener la inteligencia de ese amor, para que nos sirva de regla de nuestra conducta? Mediante la meditación, sin duda. ¡Pero cuánto más eficaz es la contemplación para conducirnos a ese fin!

Por ejemplo, pocas personas llegan por el camino de la meditación a captar bien y a practicar el gran deber de perdonar las injurias y amar a los enemigos.

La contemplación viene a ayudar a los que tienen esos resentimientos o esas debilidades. Les da el ánimo para olvidarlo todo. Los lanza al interior del Corazón de Jesús, y les hace admirar la altura, la profundidad, la anchura de su caridad inmensa hacia el prójimo. Así pier-

den la posibilidad de pensar en sí mismos, y, olvidados de todo interés personal, se entregan a amar a los demás, como Jesús les ha amado.

Capítulo 21

LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN DE FE

Santa Teresa de Jesús exhorta a no desanimarse, si Dios no concede en absoluto la gracia de la contemplación. Basta, manteniéndose en la vía de la meditación, atenerse a lo esencial, que es reflexionar sobre las verdades religiosas, no para ser más sabio, sino para amar más, y tener más ánimo en el servicio de Dios.

En ese estadio, no se está exento de sequedad. Es una prueba transitoria; Dios ejercita así en humildad y paciencia; para dar, a continuación, las alegrías espirituales de la meditación. No es lo mismo respecto de los llamados a la oración de fe. Se reconoce esta llamada en tres señales. San Juan de la Cruz las describe con precisión en los capítulos 13 y 14 del libro 2.º de LA SUBIDA DEL MONTE CARMELO y en los capítulos 9 y 10 del libro 1º de LA NOCHE OSCURA.

1. La parálisis de las facultades intelectua-

les y sensibles se produce regularmente desde que se quiere hacer oración. Esas potencias no proporcionan ya nada al corazón para ayudarle a amar a Dios. Por más que se esfuerce por despertarlas, no lo logra.

2. Ese estado de parálisis se limita al tiempo de la oración. Si durara siempre, sería un signo de enfermedad. Pero, fuera del tiempo dedicado a la oración, se vuelve a encontrar la libertad para pensar y sentir. Se puede entregar, con gusto, al estudio de las verdades religiosas; gusto que desaparece solamente cuando se quiere poner a orar.

3. En medio de este embotamiento de la inteligencia y la sensibilidad, la voluntad permanece viva; experimenta profundamente la necesidad de Dios, se siente fuertemente atraída hacia Él, con la convicción de que Él está ahí y que se le puede adorar y amar, mirándolo en silencio.

Esta última señal es la más importante. Las otras dos primeras no bastan para indicar la llamada a la oración de la fe.

Cuando a las dos primeras señales se añade la tercera, la llamada a la contemplación se hace manifiesta. La necesidad de amar a Dios sentida por la voluntad, al no salir ni de las operaciones del espíritu, ni de las emociones del corazón, es producida evidentemente por el Espíritu Santo, mediante la fe en su presen-

cia. Esta fe alcanza directamente la voluntad y la impulsa a orar. En adelante ya no es posible la duda. Se concede la gracia de la oración al alma de una forma nueva. Y para orar útilmente, hemos de cooperar a la gracia y acogerla como Dios lo disponga. Cuando estas tres señales se encuentran reunidas, hay que ejercitar con resolución la oración de fe.

Este paso de una oración a otra es delicado e interesa mucho no equivocarse, en relación con los signos que indican el momento oportuno. San Juan de la Cruz nos aconseja esta prudencia.

En definitiva todo descansa en el gran mandamiento de la caridad. Si no podéis amar a Dios sin reflexionar, reflexionad sobre la verdad religiosa que corresponda, y ella abrirá e inflamará vuestro corazón. Pero si podéis amar sin razonar, dejad los razonamientos, por muy hermosos que os parezcan.

Una vez ya en la contemplación, observando las reglas de prudencia obvias, hay que perseverar, a pesar del sufrimiento que le causen, el vacío de su espíritu y la aridez de su corazón. Es un estado muy penoso.

Capítulo 22

LOS PROGRESOS DE LA ORACIÓN DE FE

Si se deseara progresar en la contemplación, hay que reunir unas condiciones importantes.

La primera es llevar a cabo cada día este piadoso ejercicio. Empleando una compara ción de Santa Teresa, hay que imitar la conducta de los que se encuentran en fase de noviazgo. Se preparan para el matrimonio mediante entrevistas diarias. Vivid vuestras entrevistas con Jesucristo, y sed fieles a ellas.

Santa Teresa en los capítulos 21 y 22 del CAMINO DE PERFECCIÓN, aconseja a este respecto tomar una resolución inquebrantable.

Hay que prolongar la duración de esas entrevistas, tanto cuanto sea posible, para que las entrevistas sean cada vez más provechosas.

Esas entrevistas deben producir la unión divina, la transformación en Dios por el amor.

Esta transformación es imposible sin un desasimiento de la voluntad que vacíe el corazón de sus antiguas afecciones y deja a Dios solo el lugar que ocupaban anteriormente.

San Juan de la Cruz, describiendo el estado de la esposa que se ha hecho digna del matri-

monio espiritual, pone en sus labios las palabras siguientes:

«Lo cual es como si dijera: Mi alma está ya desnuda, desasida, sola y ajena de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo, que ninguna de ellas alcanza ya de vista el íntimo deleite que en ti poseo, es a saber, a mover mi alma a gusto con su suavidad, ni a disgusto y molestia con su miseria y bajeza». (CÁNTICO ESPIRITUAL, canción 40, n. 2, comentando el verso: «Que nadie lo miraba»).

Dios no nos pide, para unirse a nosotros, la renuncia del uso de los bienes de este mundo. Ese uso nos es necesario para vivir. Dios se contenta con las disposiciones de nuestra voluntad. Si ésta conserva su independencia en medio de las emociones del cuerpo o del espíritu; si, según la expresión de San Pablo, usa de las cosas como si no usara, si ninguna impresión de alegría o dolor, esperanza o temor, puede arrastrarle al olvido de sus deberes, Dios se complace.

Otro es el caso cuando la voluntad está esclava de sus impresiones naturales. San Juan de la Cruz, indicando el camino que conduce a la unión divina, pone como puerta de entrada, la necesidad absoluta de mortificar, sin piedad, las cuatro pasiones de alegría y dolor, de esperanza y temor que sin cesar despiertan en el

alma sus contactos perpetuos con los bienes y males de este mundo. Si la voluntad no hace esfuerzos perseverantes para purificarse de estas pasiones y dominarlas, se parará en el camino. El santo escribe al respecto capítulos impactantes. Muestra las pasiones haciendo destrozos en el alma, que esclavizan. La tortura; ciegan su juicio; la cubren de manchas; debilitan sus fuerzas y la vuelven anémica. Finalmente, la sujetan encadenada, lejos de Dios.

Así, para llegar a ser señor de sí mismo, para conservar la paz del corazón y la serenidad del espíritu, en medio de todas las vicisitudes de la vida presente, es preciso practicar con ánimo la mortificación interior de las pasiones. En el momento en que éstas se despiertan, la voluntad, mediante un esfuerzo enérgico, debe levantarse hacia Dios debe sostener este esfuerzo, perseverando en el silencio y la oración, hasta que la calma vuelva a las facultades intelectuales e incluso a los sentidos.

Cuando se habla de mortificación, muchas personas, incluso muy piadosas, piensan en las austeridades corporales únicamente. Al no ser siempre pecado la alegría y la tristeza, la esperanza y el temor, se los cultiva sin escrúpulo y sin remordimiento. Como brotan con cualquier ocasión, el espíritu y el corazón de ciertas personas parecen frecuentemente un mar en tempestad. Se ven asaltadas día y noche por

mil pensamientos y sentimientos que les impiden toda paz interior. Y es en este estado lastimoso como se presentan a hacer oración.

Por lo demás, incluso con la mejor voluntad del mundo, es extremadamente difícil, obtener sobre estas pasiones una victoria completa. San Juan de la Cruz, en el primer libro de la NOCHE OSCURA, aporta una prueba curiosa sobre ello. Hace el examen de conciencia de las personas fervorosas, pasando revista a los siete pecados capitales que pueden cometer, no en el orden natural, sino en el orden espiritual. Enumera, por ejemplo, ciertos pecados de avaricia espiritual, glotonería espiritual, lujuria espiritual, etc. A este respecto hace descripciones de grande y doloroso realismo. Ahora bien, ninguna mortificación activa puede librar a las almas completamente de todo ello. Máxime cuando frecuentemente no tienen conciencia de esas faltas. A veces, incluso, se las toma por virtudes.

Una conclusión se impone. La necesidad de la intervención de Dios para suplir nuestra impotencia. Viene en nuestro auxilio, introduciéndonos en la noche de los sentidos, mediante la contemplación oscura. Ese es el motivo principal que hace a oración de fe tan útil para nuestros progresos espirituales. El lector lo sabe: durante esta oración, Dios paraliza las facultades intelectuales y sensibles para desen-

cadenar la acción de la voluntad sola. En ese momento, si la voluntad acepta ese sufrimiento, si se acostumbra a las operaciones de la cima de la espiritualidad, toma fuerza, se purifica de sus culpas y adquiere poco a poco las disposiciones necesarias para la unión divina.

Se hace necesario prolongar la contemplación para hacerla rentable. Una oración corta no lograría transformarnos, unirnos a Dios, si, sobre todo nos falta ánimo para practicar la mortificación interior.

Nos queda una condición indispensable para asegurar nuestros progresos. Es el aportar un gran fervor a la oración de fe.

Por tanto, nos hemos de persuadir de que la contemplación oscura es una oración ordinaria y hay que trabajar activamente en ella, como en la meditación y en la oración afectiva. La diferencia entre esas tres oraciones ordinarias viene del número y de la naturaleza de las facultades que se aplican al trabajo de la oración. En la meditación, el trabajo lo hace principalmente el espíritu que arrastra y lleva poco a poco el corazón y la voluntad a la oración. En la oración afectiva, el papel principal lo desempeña la sensibilidad. En la contemplación, la voluntad se entrega íntegramente a amar. Pero en cada una de esas oraciones es preciso trabajar, y los éxitos son proporcionales a la energía de nuestro trabajo.

Adentrémonos por la vía abierta por los santos. Oremos con su fervor. Hagámoslo fielmente cada día empleado en ello todo nuestro tiempo disponible, y seremos escuchados.

Capítulo 23

LA ORACIÓN DE FE Y LOS PECADOS

Los progresos de la oración se traducen en progresos de las virtudes. Con todo, la contemplación, aunque sea habitual, no nos hace impecables. Es imposible que un alma de oración viva con el hábito del pecado mortal. Pero no está al abrigo de las faltas aisladas, incluso de las graves. Una negligencia, una sorpresa, un momento de temeridad durante el cual se expone, bajo falsos pretextos, a ocasiones peligrosas, una fuerte tentación del demonio, pueden causar a veces caídas lamentables.

Pero hay un hecho consolador que debería bastar para vincularnos a la oración y no abandonarla nunca. Si la oración no nos impide el caer, nos ayuda a levantarnos rápidamente. Así detiene las consecuencias de nuestras caídas. Y por muy malignos que sean los pecados en sí mismos, lo son más todavía en sus

consecuencias, cuando producen la tristeza, el desánimo y a veces la desesperanza. Así un pecado grave conduce a otros muchos.

Pero los que se entregan a la oración se ven preservados de esa triste desgracia. Tienen el hábito de corresponder fielmente a la gracia de la oración. Dios no retira esta gracia a los que caen en pecado. Así, pues, cuando después de su caída, el alma vuelve en sí, se siente inclinada a orar, y conforme a su hábito, al mostrarse dócil a la inspiración de Dios, se levanta rápidamente por la contrición. Se apresura a confesarse y a veces saca bien del mal, y transforma el veneno en remedio.

Pues la causa principal de nuestros pecados es nuestro orgullo. Nos fiamos demasiado de nosotros mismos y poco de Dios. Esto nos pierde. Para acabar con el orgullo hay que aceptar las humillaciones, sin murmurar, confesando que se han merecido. De entre todas las humillaciones, las más crueles para el amor propio son los pecados. Así se experimentará lo que escribe San Pablo: «En todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman» (Rom. 8,28). S. Agustín añade: «Todo, incluso los pecados coopera al bien de los elegidos».

Tratemos ahora una cuestión más delicada, la de las mil pequeñas faltas, cometidas por la debilidad de nuestra naturaleza, sin ninguna

malicia de la voluntad. Se deplora esas faltas y se daría lo que fuera por evitarlas. Cientos de veces se hacen propósitos al respecto, pero se vuelve a caer sin cesar.

Muchas personas, poco instruidas en los temas de oración y vida interior, se desorientan y desaniman en exceso por esas faltas. El error está en exagerar su importancia y querer combatir esas debilidades como se debe combatir los verdaderos pecados. El método que hay que seguir es diferente. Ante actos importantes, visibles y palpables, hay que tomar resoluciones precisas, determinadas.

Pero la situación no es la misma en faltas mínimas de las cuales hablamos. Santo Tomás de Aquino compara esas faltas veniales a las gotas de la lluvia. Os volvéis a la izquierda para evitar las gotas de agua que caen a la derecha; pero durante ese tiempo se es alcanzado por las gotas que caen a la izquierda.

Creed en la omnipotencia de Dios; creed en su misericordia infinita.

Capítulo 24

LA ORACIÓN DE FE Y LA UNIÓN CON DIOS

¿Es posible llegara la unión divina median-

te la oración de fe, sin éxtasis u otras oraciones milagrosas tan frecuentes en la vida de los santos?

La cuestión no ofrece duda. Vamos a probarlo.

Expliquemos primeramente lo que entendemos por unión divina. Es un estado interior en el que el alma permanece completamente sometida a la acción del Espíritu Santo. El alma conserva la actividad de las potencias de su cuerpo y su espíritu. En multitud de pequeños movimientos, de pequeños actos irreflexivos, esas potencias conservan su espontaneidad. Pero en los actos reflexivos que pueden originar mérito o demérito, el alma ha tomado tal hábito de solicitar el auxilio de la gracia y de adecuarse dócilmente a los impulsos del Espíritu Santo, que termina por obrar en colaboración permanente con Dios. Así puede decir con San Pablo: «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mi»c (Gal. 2,20).

Este estado es la perfección a que se puede llegar en este mundo. En lo interior, la perfección es completa. Dice Santo Tomás que la perfección consiste en que el corazón del hombre esté totalmente vinculado, unido a Dios (2.2. Sent. q. 86, atr. 1. in c.).

¿Quién ha realizado esta unión? El amor; no un amor pasajero, sino permanente. Por muy ardiente que sea el amor de los extáticos,

si no dura tras el éxtasis cesa de producirse la unión. Los éxtasis pasan pronto, por tanto es necesario adquirir la unión divina permanente, mediante otra clase de oración que no pase. Pues bien, solamente la contemplación oscura puede llegar a ser habitual y perseverar, en estado latente, incluso después de haber cesado de entregarse enteramente a su ejercicio.

No siempre es posible meditar. El espíritu se agotaría en ese trabajo, y además ha de pensar en mil cosas que le mantienen alejado de Dios. Análogamente, la oración afectiva no puede durar siempre. La sensibilidad se cansa antes que el cerebro. Nos queda, pues, la voluntad, iluminada por la cima del espíritu, es decir la potencia espiritual con la que hacemos la oración de fe. Si, mediante la perseverancia en hacer esta oración, mediante nuestro ánimo para retirar nuestra voluntad de toda afección natural hacia las criaturas, mediante nuestro fervor en entregar la voluntad a Dios para que la abrace en su amor, obtenemos el ser escuchados; lo hemos logrado: hemos llegado a la unión divina. Pues el alma, una vez abrazada en el amor, no cesa ya de amar. El alma lleva su amor en ella en toda las ocupaciones de la vida y, como Dios le devuelve amor por amor, de ahí se sigue que el Espíritu Santo no la abandona y la dirige en toda su conducta.

Dios dijo un día al patriarca Abraham:

«Anda en mi presencia y se perfecto» (Gen. 17,1). Se concluye de esta palabra que la perfección es el fruto de la presencia continua de Dios en nosotros. El único medio para vivir constantemente en esta presencia, es el amor. Si es imposible pensar siempre en Dios, no lo es el amarlo con tal fervor que el corazón no se aparte jamás de El. Así el ejercicio de la presencia de Dios nos lleva al amor de voluntad, y éste a la contemplación oscura. Por ello, no nos extrañamos, si los santos atribuyen igualmente la unión divina y la perfección, ya sea al ejercicio de la presencia de Dios, ya a la oración continua. La contemplación nos abraza en el amor y el amor nos mantiene unidos a Dios mediante una oración continua. Hay un texto de San Buenaventura sobre la unión de la oración y las virtudes, citado enteramente por San Pedro de Alcántara y reproducido por muchos autores. Dice así: «Si queréis soportar con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, sed hombres de oración. Si queréis lograr el ánimo y la fuerza para vencer las tentaciones del enemigo, sed hombres de oración. Si queréis mortificar vuestra propia voluntad, con todas sus inclinaciones, y discernir las astucias y engaños de Satanás, vivir en la alegría y avanzar sin fatiga por los caminos de la penitencia, alejando las moscas importunas de los vanos pensamientos y preocupaciones, sed

hombres de oración. Si queréis fortalecer y reafirmar vuestro ánimo en los caminos de Dios, sed hombres de oración. En la oración se recibe la unión y la gracia del Espíritu Santo que enseña todas las cosas. Aún más, si queréis ascender a la altura de la contemplación... Hemos visto y vemos cada día un gran número de personas sencillas que han obtenido todos los bienes que hemos enumerado y otros mayores por medio de la oración».

San Juan de la Cruz por su parte enseña: «El alma enamorada es alma blanda, mansa, humilde y paciente. El alma dura en su amor propio se endurece. Si tú en tu amor, ¡oh buen Jesús!, no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza». (Dichos de luz y amor, 33-35).

Capítulo 25

LAS ORACIONES MILAGROSAS

Habiendo escogido Nuestro Señor a Santa Teresa para reformar el Carmelo, la singularizó ante la opinión pública, enriqueciéndola con arrobamientos y éxtasis. Más tarde, hacia el final de su vida, tras haberla elevado hasta el

matrimonio espiritual, recibiendo interiormente los dones más sublimes, desaparecieron poco a poco sus éxtasis. Extrañándose la Santa, al pedir una explicación, el Señor le dijo: «Al principio, necesitabas credibilidad. Te la he dado mediante los éxtasis. Hoy tu credibilidad está asegurada, y ese medio es inútil».

Indicación valiosa.

Una segunda argumentación, tomada de San Juan de la Cruz, nos enseña a temer mucho ese tipo de favores. Comencemos por situar esas gracias en dos categorías diferentes:

1.- Las oraciones milagrosas que pueden permanecer místicas. Aquí el alma continúa la contemplación oscura de modo sobrenatural. A veces, estas oraciones sacan al alma de las tinieblas del misticismo y la transportan a la claridad de las luces celestes existentes en algunas verdades particulares. Es el caso de las revelaciones y visiones. Si la oración permanece mística, no presenta peligro en sí. Guarda las ventajas inestimables de la contemplación oscura. Incluso las posee en grado superior, pues pasa de ser activa a pasiva. La acción del espíritu santo sustituye completamente a la acción del alma, que recibe, de modo secreto y misterioso, un alto conocimiento de Dios, mientras que su corazón queda abrazado en amor.

El peligro de esta clase de oración viene de la manifestación del arrobamiento a los ojos de

los demás. No faltarán quienes acepten y vivan impresiones profundas en ese espectáculo. Unos se llenarían de admiración, otros quizá de envidia y mostrándose incrédulos, formularían críticas malévolas o sospechas injuriosas, etc. En el primer caso, se vería tentado de vanidad y de amor propio; en el segundo, se vería sometido a sufrimientos crueles. Mejor es no verse expuesto a tales pruebas.

2.- Si la oración milagrosa deja de ser mística, entonces se vuelve peligrosa.

San Juan de la Cruz, midiendo la gravedad de este peligro, sabiendo las ilusiones que desvían a muchas almas en este punto, no duda en tratar largamente este tema. Establece el principio de que nunca hay que desear las visiones ni las revelaciones. Va más lejos: enseña la necesidad de resistirse enérgicamente ante esa clase de favores. Si se ha tenido que aceptarlos, no hay que tener en cuenta lo que se ha oído o visto. Es preciso esforzarse por olvidar, tras haberlo contado con sencillez a un director prudente. No se tema el ofender a Dios con esas resistencias y olvidos, aún teniendo la certeza del carácter divino de esas visiones y revelaciones. Actuando así, se agrada a Dios mediante una práctica generosa de las virtudes de la prudencia y la humildad. Teniendo la posibilidad de reproducir nuestra imaginación cosas vistas u oídas, las almas cautivadas por

las visiones y revelaciones, se exponen a equivocarse por el trabajo de su memoria. habiendo tenido verdaderamente una visión sobrenatural, tienen, o mejor creen tener, otras, que son la misma, acomodada a los diversos modos de su fantasía.

Capítulo 26

LA ORACIÓN DE FE Y EL CULTO A LOS SANTOS

La oración de fe o la contemplación oscura no obstaculiza en nada la devoción a la Santísima Virgen María o a los santos. Por el contrario, sirve mucho para fortalecer y desarrollar esas devociones importantes.

Como nos recuerda Bossuet, «los místicos enseñan que todo objeto de fe puede ser objeto de contemplación». Consiguientemente, se puede hacer la oración de fe, contemplado a María o los santos, llegando así a amarlos y honrarlos mejor, según la voluntad de Dios. Por ejemplo, el saludo del arcángel Gabriel a María,, llamándola *llena de gracia.* Lo cual significa: llena de Dios; llena del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Plenitud maravillosa!

Capítulo 27

¿CUÁL ES LA MEJOR DE LAS ORACIONES?

Para responder adecuadamente a esta pregunta, necesitamos distinguir algunos puntos importantes:

Primeramente, podemos considerar las oraciones en sí mismas, prescindiendo de la persona que ora. Considerando así las distintas clases de oraciones, éstas se ordenan en diversas categorías. Las hay públicas y privadas; vocales y mentales; ordinarias y extraordinarias o milagrosas. Cada una de estas especies tiene su valor intrínseco, y si las comparamos unas con otras, veremos que su valor no es el mismo.

Pero sea cual sea el valor objetivo de una oración, hay que considerar prácticamente la persona que ora, ya que sólo entonces la oración adquiere todo su valor real, aumentado o disminuído por las buenas o malas disposiciones de la persona que ora.

Comencemos por examinar el valor de las oraciones consideradas éstas en sí mismas.

En el primer puesto hemos de colocar las oraciones públicas, es decir, la Misa, el Oficio y las otras solemnidades religiosas. La Misa: El Hijo de Dios desempeña en ella el papel principal. Renueva de manera misteriosa y pacífica

el sacrificio sangriento que ha ofrecido en la cruz por la redención del mundo. Ese mismo sacrificio lo ofrece perpetuamente en el cielo, en la asamblea de los ángeles y los santos, presentando al padre sus llagas sagradas. Cada Misa es una parte de ese inmenso concierto que se ejecuta, al mismo tiempo, en la iglesia triunfante y en la militante, para la gloria del Altísimo y el bien, ya sea de las almas del purgatorio, ya de los fieles que viven en la tierra. No es posible imaginar una oración más bella, sublime y eficaz. Todos los instrumentistas cooperan a la belleza de un concierto. Cada uno tiene su parte cooperando al culto público, y esa parte, generalmente supera el mérito de las oraciones privadas. En consecuencia, nada es comparable a la celebración de la Misa o a la asistencia piadosa a ese augusto sacrificio.

Y guardando la debida proporción, se ha de decir otro tanto del Oficio.

Descendiendo algunos grados, llegamos las oraciones vocales privadas, como las letanías de los santos y de la Santísima Virgen, el rosario y las otras fórmulas piadosas, tan conocidas por los fieles. El origen de estas fórmulas, debidas generalmente a los santos, los sentimientos hermosos que expresan, y, sobre todo la aprobación de la Iglesia, les dan un valor singular, que no se puede desdeñar.

Sin embargo, por un lado, toda oración vocal es inferior a la oración mental, porque se pueden recitar fórmulas con la exterioridad de los labios, de pura rutina, sin participación alguna del espíritu y el corazón. Entonces la oración vocal pierde todo su mérito. San Agustín compara a los ladridos de los perros las oraciones de los que rezan o cantan el oficio, sin juntar a su culto exterior, algún acto interior de religión.

¿Cuál es el valor respectivo de las oraciones mentales, comparadas entre sí, prescindiendo del fervor de los que hacen esas oraciones? El mérito de esas oraciones se evalúa en relación con el mayor o menor amor de Dios que llena nuestra alma. Ahora bien, en la meditación se pasa el tiempo frecuentemente en reflexionar. Poco o nada de tiempo queda para amar. Además, el alma se mantiene demasiado lejos de Dios. Ama a Dios a distancia, a través de las imágenes, de los razonamientos de su espíritu, lo cual favorece poco el ardor de un santo amor. En la oración afectiva, el tiempo se consagra enteramente a amar, aunque con toda la debilidad y defectos de la sensibilidad. Por el contrario, en la oración de fe, el amor se hace espiritual. La voluntad, ella sola vive y actúa en actos de adoración, humildad, obediencia, y abandono filial, con toda el alma. Así, considerada objetivamente, la meditación es inferior

que la oración afectiva y ésta que la contemplación.

Continuando el examen del valor objetivo de las oraciones mentales, nos queda por tratar el de las oraciones sobrenaturales y milagrosas. estas últimas preceden a todas las otras y no dependen de nosotros. En efecto, en toda oración se da la parte del Espíritu Santo y la nuestra. Evidentemente la parte del Espíritu Santo es la mejor. La nuestra aumenta o disminuye en mérito, según la mayor o menor docilidad de nuestra sintonía a los impulsos de la gracia. Ahora bien, en las oraciones ordinarias, tenemos total libertad para resistir al Espíritu Santo y de esa libertad abusamos con frecuencia. No sucede lo mismo con las oraciones extraordinarias. En ello está precisamente su carácter milagroso. La acción de Dios, por encima de la nuestra, logra el consentimiento de nuestra voluntad, haciendo imposibles nuestras resistencias.

¿Dónde comienzan las oraciones milagrosas? Por un lado, se podría situar a la entrada del milagro, a la quietud completa, deteniéndose ahí, sin llegar al rapto. En la contemplación ordinaria, Dios no toca la voluntad. La atrae hacia Sí, dejando, en su estado natural, a las facultades inferiores. Las almas muy mortificadas conservan ordinariamente estas facultades en paz. La contemplación les procura, por

tanto, fácilmente una quietud completa, sin la ayuda de una gracia extraordinaria. Sin embargo, sucede a estas almas, que el demonio escoge el momento de sus plegarias para agitarlas y molestarlas con recuerdos inoportunos y con impresiones penosas o incluso malas. En cuanto a las almas no mortificadas, éstas llegan a la oración con las divagaciones del espíritu y las arideces del corazón causadas por sus faltas veniales. En estos dos casos, de la intervención del demonio o de la falta de mortificación de un alma, es preciso para tener una quietud completa, una gracia que se acerca al milagro. En efecto, Dios ayuda al alma, mediante un acto de su misericordia infinita. Se digna proyectar su influencia sobre las facultades intelectuales y sensibles, echando al demonio y procurando para el alma una paz profunda que ella no hubiera merecido. Dios no hace reflexionar al espíritu; no excita emociones vivas en la sensibilidad. La impide solamente, manteniéndolas en calma, de molestar al trabajo de amor hecho por la voluntad. La contemplación se vuelve así muy dulce y suave.

San Francisco de Sales, en el capítulo undécimo del libro sexto del TRATADO DEL AMOR DE DIOS, enumera y describe diversas oraciones de quietud de grado cada vez más elevado, que acercan al alma al éxtasis y al rapto, sin quitarle el uso de sus facultades. la

palabra milagro es demasiado fuerte para calificar estas oraciones de quietud. En la contemplación oscura, el alma conserva la posesión de sí misma, la conciencia de su estado interior y la libertad para detenerse, dejando de hacer oración; por ello, difícilmente se puede emplear la palabra milagro. Con todo esas oraciones de quietud son muy superiores a la contemplación ordinaria. El Espíritu Santo trabaja ahí más que nosotros, y, de hecho, raramente no sucede el acortar esas oraciones, sin motivo serio, ni el disminuir el fervor mediante resistencias.

La oración pasa a ser totalmente milagrosa, cuando el alma no es capaz de comenzar la oración, ni de terminarla según su voluntad. Dios hace ahí casi todo, dejando al alma únicamente la libertad para consentir con amor a sus operaciones sobrenaturales. El alma recibe así tesoros de santidad, sacando todo el provecho, sin perder el mérito de su oración.

Nos queda por mencionar al menos las oraciones ordinarias vocales y mentales, intentadas por la persona que las hace.

Ahora todo depende de nuestra buena voluntad. La oración mental más perfecta, si se hace con pereza, no vale lo que una pequeña oración vocal, recitada con mucho fervor. Como nuestra buena voluntad se manifiesta en la correspondencia a la gracia del Espíritu San-

to, es inútil e incluso imprudente escoger una oración mental según su valor intrínseco. Por ejemplo, no se debe decir quiero hacer la oración de fe, pues es la más fructuosa. Ejercitarse en esa oración sin la llamada de la gracia es cansarse inútilmente. Hay que ajustar siempre la acción de nuestra alma al ritmo de la acción del Espíritu Santo. Según ese impulso, debemos meditar, hacer oración afectiva, o contemplar, sin tener en cuenta el valor respectivo de esas oraciones. Es el único modo de hacer nuestras oraciones eficaces.

No sucede lo mismo con las oraciones vocales, sobre todo con las oraciones públicas. Podemos escogerlas perfectamente, considerando su valor intrínseco e inclinarnos preferentemente por la mejor, la Santa Misa. Pero no olvidemos que nuestras disposiciones personales deben contemplar el valor de esas oraciones. Decir, oir Misa, sin devoción, teniendo el espíritu y el corazón polarizados por asuntos profanos, no nos aporta provecho alguno. Incluso nos podemos hacer muy culpables, al faltar al respeto a ese sacrificio adorable.

Al contrario, una pequeña oración vocal, recitada con atención y mucho amor de Dios nos procurará gracias grandes, incluso gracias de contemplación. Santa Teresa nos aporta un ejemplo de ello: «hacéis mucho más con una

palabra de cuando en cuando del Paternoster que con decirle muchas veces apriesa» (CAMINO DE PERFECCIÓN, cap. 53, n. 9).

Capítulo 28

LAS ORACIONES IMPERFECTAS

La oración es imperfecta cuando, aún siendo buena en sí misma, no reúne todas las condiciones requeridas para que sea eficaz. Los autores, en la línea de San Basilio y Santo Tomás, han enumerado esas condiciones. Las principales son la humildad y la confianza.

Otra condición muy importante es la elección juiciosa de las peticiones. Hay que dirigirlas a Dios en el nombre de Jesucristo. Ahora bien, como observa San Agustín, no se puede pedir, en el nombre del Salvador, algo contrario a nuestra salvación (IN EVANG. JO. V, 102).

En la contemplación, generalmente, el orante se abstiene de formular peticiones particulares. El alma suspira por Dios; aspira a estar unida con Dios por el amor. Al poseer a Dios, está segura de poseer todos los bienes. Por ello, no necesita especificarlos. A lo sumo, se permite pronunciar las peticiones del *Pater*, en su generalidad.

Pero sucede a las almas contemplativas el dirigir a Dios peticiones, fuera de sus horas de oración. En ese caso, han de cuidar mucho la perfecta pureza de intención. Si necesitan algo, ya sea para sí, ya para otras personas, han de solicitarlo con la máxima sumisión respetuosa al juicio de Dios. Nunca sabemos si los bienes temporales serán útiles o dañosos para nuestra salvación. En este último caso, mejor es no obtenerlos. Sería impertinente exigirlos de Dios, apelando a sus promesas. El ha prometido hacernos bien, pero un bien real que nos conduzca al cielo.

Por ejemplo, San Pablo pide tres veces verse libre de una tentación vergonzosa. Nuestro Señor le responderá: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza» (2 Cor. 12,9). En efecto, Jesucristo no había dicho: «Orad para veros libres de la tentación..., sino *para no caer en la tentación»* (Mc. 14,38).

Otras dos condiciones para la eficacia son el favor del deseo y su perseverancia. Y se necesitan especialmente cuando se formula la petición de modo absoluto, sin reserva alguna. Es el caso de las tres primeras peticiones del *Pater* e incluso de las siguientes, si no se altera su pureza, descendiendo a detalles muy particulares. Antes de concedernos esas gracias, Dios quiere hacérnoslas apreciar en su justo valor. Si las recibiéramos demasiado aprisa, tendría-

mos el riesgo de apreciarlas poco. Esa es la causa de tardar en escucharnos.

La manera de reunir todas esas condiciones de éxito, es prepararse para la oración. El Espíritu Santo nos lo recomienda. El *Eclesiástico* dice: «Preparad vuestra alma antes de poneros a hacer oración, para que no seáis como el hombre que tienta a Dios».

Capítulo 29

LAS ORACIONES FALSAS

La oración es falsa cuando, en lugar de apoyarse sobre la verdad, brota de un error religioso, de una superstición.

La oración es falsa:

1.º Cuando se dirige a falsos dioses, en vez de dirigirse al Dios verdadero. Lucifer transportó a Jesucristo a la cumbre de una montaña, y mostrándole todos los reinos de la tierra, se atrevió a decirle: «Te daré todo eso, si postrándote ante mi, me adoras» (Mt. 4,9). Ha logrado alcanzar adoraciones de multitud de pueblos. Ahí radica la idolatría. Mediante el miedo y la mentira, Satanás doblega a los hombres bajo su imperio.

2.º Cuando, dirigiéndose al verdadero

Dios, se le formulan peticiones inconvenientes. Si se quieren obtener de Dios bienes que El no ha prometido, o que ha prometido de otro modo, la oración desagrada a Dios y se vuelve inútil.

Está de moda hoy alabar la oración de los budistas y exaltar su moral por encima de la oración de la moral evangélica. Ahora bien, los budistas oran a la manera de los quietistas. Anhelan el reposo de la nada, se esfuerzan por entrar en el *Nirvana,* es decir en la cesación de toda clase de actividad. ¿Dónde quedan aquí el amor de Dios y el trabajo de la voluntad para servirle, o para parecerse a Él y para merecer el unirnos un día con Él?

Fuera del cristianismo, por ninguna parte aparece la oración siguiendo a Santa Teresa, como *«tratar de amistad, esperando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama»* (LIBRO DE LA VIDA, cap. VIII).

Capítulo 30

EL MEDIO MÁS EFICAZ DE GANAR PARA DIOS A LAS ALMAS QUE NO TIENEN FE, ES LLEVARLAS A ORAR EN LA SENCILLEZ DEL ESPÍRITU QUE CARACTERIZA A LA ORACIÓN DE FE

Podemos clasificar las personas que carecen de fe en dos clases diferentes: Las que nunca la tuvieron y las que la han perdido. ¿Qué hacer para ganar esas almas para Dios?

La fe es indispensable para agradar a Dios. Esto y el obtener las misericordias de Dios se reduce a dos verdades. Primero, *su existencia.* Segundo, *su bondad.*

En un alma completamente ignorante de toda revelación, pero tocada por el sentimiento de la existencia de Dios y de su bondad, deseando escucharlo, decidida a creer, hay un acto que contiene un comienzo de fe verdadera; aunque privada todavía del conocimiento de las verdades reveladas. Pero las acepta en bloque, antes de asumirlas en detalle. Las acepta por la autoridad de Dios en quien espera.

¿Qué oración podrá hacer un infiel reducido a ese estado de espíritu? Por supuesto, su oración estará muy lejos de la contemplación

del católico, que obtiene una fuerza grande para amar a Dios en el recuerdo general de las verdades reveladas. Sin embargo, se puede decir que se trata de una contemplación oscura de la bondad de Dios.

Habrá quien se extrañe de que llamemos contemplación a esa oración de un infiel. Pero no intentamos ponerla al nivel de la contemplación del católico. Existe una distancia infinita entre las dos. la primera es rudimentaria y uniforme; la segunda es perfecta. mediante la primera, el infiel llega a la fe y se prepara para creer humildemente las verdades reveladas, cuando le sean enseñadas. En la segunda, se captan todas esas verdades de modo eminente; se las admira en su conjunto, saboreándolas. Tras haber sido instruido en la revelación, el infiel abandonará su oración de fe inicial para meditar las verdades reveladas; en tanto que el católico, por el contrario, se eleva desde la meditación de esas verdades hasta la contemplación oscura. Consiguientemente, el infiel no es un contemplativo. Mientras no salga de las tinieblas de la infidelidad, su oración no constituye un estado místico para elevarse a la unión divina.

A pesar de todas esas diferencias, la manera de orar del infiel no es una meditación, sino una contemplación oscura de Dios, considerado en su existencia y su bondad. Entre esas dos

contemplaciones del católico y el infiel, tan distantes la una de la otra, existen algunos caracteres comunes, la ausencia de razonamientos, ausencia de reflexiones particulares; la adhesión del espíritu y del corazón a las verdades divinas, aceptadas en su conjunto, de modo general y oscuro. Esta adhesión, en el infiel, se produce por la gracia de la oración, concedida directamente por Dios a la pureza del corazón de ese hombre.

Nuestro Señor dice a sus discípulos: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt. 18,3). A Nicodemo le decía: «El que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios» (Jn. 3,3).

Por la oración de la fe, incluso si es inicial, imperfecta y rudimentaria, como la pueden intentar hacer los infieles e incrédulos, el corazón se ve llevado a esa sencillez de los niños. Se cumple el consejo del Espíritu Santo para los que viven lejos de Dios y sienten la necesidad de volver a Él: «Pensad rectamente del Señor y buscadle con sencillez de corazón. Porque se deja hallar por los que no le tientan, se manifiesta a los que no desconfían de Él» (Sabiduría, 1,1-3).

Así, nuestro gran enemigo es el orgullo de nuestro espíritu. Seamos humildes como los pequeñuelos.

Así se llega a orar con sencillez. La senci-

llez de esta oración fortalece la fe del cristiano y puede hacer recuperarla a los que la habían perdido.

Capítulo 31

EPÍLOGO. LA ORACIÓN ES UNA CIENCIA

Veamos lo que San Juan de la Cruz nos enseña sobre la obligación de conocer la ciencia de la oración y sobre las pesadas consecuencias de ignorar una materia tan grave: «Es lástima ver muchas almas a quien Dios da talento y favor para pasar adelante, que, si ellas quisiesen animarse, llegarían a este alto estado, y quédanse en un bajo modo de trato con Dios, por no querer, o no saber, o no las encamina y enseña a desasirse de aquellos principios. Y ya que, en fin, Nuestro Señor las favorezca tanto, que sin eso y sin esotro las haga pasar, llegan muy tarde y con más trabajo, y con menos merecimiento, por no haber acomodádose ellas a Dios, dejándose poner libremente en el puro y cierto camino de la unión... Hay almas que en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnas» (SUBIDA DEL MONTE CARMELO, prólo-

go, n. 3). «Hay otras (almas) que es lástima que trabajan y se fatigan mucho, y vuelven atrás, y ponen el fruto del aprovechar en lo que no aprovecha, sino antes estorba, y otras que son descanso y quietud van aprovechando mucho. Hay otras que, con los mismos regalos y mercedes que Dios les hace para caminar adelante, se embarazan y estorban y no van adelante» (Ib., n. 7).

¿Dónde buscar la ciencia de la oración? Evidentemente, en la escuela de los santos. Ellos saben perfectamente lo que dicen, por haberlo practicado.

En los escritos de los santos hay un calor comunicativo que caldea las almas y las abraza en el deseo de la santidad. Es un hecho de experiencia que se observa fácilmente.

Entre las obras místicas, las más importantes son las de San Juan de la Cruz. Captando bien la doctrina expuesta por San Juan de la Cruz, se sabe lo esencial. Se leerá, por supuesto, con provecho las obras espirituales de otros santos. Pero si no se dispusiera de tiempo, ni de medios, bastaría con San Juan de la Cruz, sin graves inconvenientes.

Para concluir, digamos que la lista de los buenos autores es providencialmente muy larga.

ÍNDICE

Cap.

1. Definición de la oración 3
2. Necesidad de la oración 7
3. La oración es una gracia 10
4. Cómo aumenta en las almas la gracia de la oración 13
5. La gracia de la oración no se comunica a las almas del mismo modo 14
6. Sobre la oración de meditación ... 19
7. Los peligros del espíritu en la meditación 20
8. Sobre la oración afectiva 23
9. Sobre la oración de fe 27
10. Diversos nombres de la oración de fe 32
11. Explicaciones necesarias 37
12. La oración de fe y la teología mística 51

13. La oración de fe es una gracia común 59
14. La ignorancia de la verdad expuesta en el capítulo precedente es muy dañosa 64
15. Objeción y respuesta 68
16. Seguridad de la oración de fe 70
17. Los actos en la oración de fe 73
18. El primer acto de la oración de fe . 75
19. Otros actos de la oración de fe 77
20. La caridad en la oración de fe 79
21. La práctica de la oración de fe 84
22. Los progresos de la oración de fe .. 87
23. La oración de fe y los pecados 92
24. La oración de fe y la unión con Dios 94
25. Las oraciones milagrosas 98
26. La oración de fe y el culto a los santos 101
27. ¿Cuál es la mejor de las oraciones? 102
28. Las oraciones imperfectas 109
29. Las oraciones falsas 111
30. El medio más eficaz de ganar para Dios a las almas que no tienen fe, es llevarlas a orar en la sencillez del espíritu que caracteriza a la oración de fe 113
31. Epílogo. La oración es una ciencia 116